

itinerario educativo y nuestras perspectivas; es un esfuerzo histórico, metodológico y analítico de interés y es una guía para futuros trabajos en esta dirección.

EDGAR RAMIREZ MONSALVE
Profesor asociado de la Universidad Nacional, Seccional Medellín, Magister en Investigaciones Socio-educativas de la Universidad de Antioquia.

El mito de la universidad

Presentación y traducción al español por María Ester Aguirre Lora. Siglo XXI Ed. México. 1991.

El título de este libro es atrayente por su ambigüedad. Nuestras expectativas se suman en el presentimiento de un sentido total polisémico de sus textos. Nuestra curiosidad nos promete conocer qué ha impulsado al autor a seleccionar los ejemplos y los autores antologados, y a elaborar la extensa introducción (de 45 páginas) que desde su inicio cumple con la tarea iluminadora de mostrar el papel que la sociedad burguesa, a través del trabajo de reflexión crítica del intelectual, ha asignado a la universidad en diversas etapas históricas, desde su génesis y su consolidación hasta nuestros días.

Esta labor esclarecedora es enriquecida por dos breves presentaciones que anteceden a esta primera traducción al español (la cual se realiza diez años después de la primera edición en italiano) una es del mismo antologista y autor del ensayo crítico introductorio, el doctor Claudio Bonvecchio; otra de la au-

tora de la excelente versión española, la maestra Aguirre Lora, que ha sido tan atinada y cuidadosa en el manejo de los textos, como en acercados a nosotros en la mejor oportunidad de que nos pongamos en contacto con ellos.

Nuestra Universidad tiene algo en común con lo que han sido las universidades europeas a partir de fines del siglo XVIII. Y no es solamente la crisis de la identidad de su carácter y su función dentro de nuestra sociedad (en la que todo lo demás también está en crisis) sino la influencia, que en ella es observable, del criterio manifiesto en el discurso ideológico de muy importantes intelectuales europeos que representan diversas corrientes de pensamiento, tal como en la antología puede con facilidad advertirse, y tal como explícitamente nos lo plantea la traductora: los mexicanos, y los universitarios principalmente, tenemos —como parte de nuestro quehacer cotidiano— que cuestionar el papel de la universidad “en términos de su articulación con el desarrollo del

país”, y en el modo como su especificidad permite que su ser y su hacer repercutan “en la reproducción de un determinado modo de producción y (en la reproducción) del sistema de relaciones que a partir de este (modo de producción) se establecen”.

Desde la lectura de la breve presentación de la maestra Aguirre Lora, los lectores nos aproximamos a la variedad de los sentidos que el título promete: “El mito de la universidad burguesa europea”, vista como templo del saber y de la ciencia, experimenta una serie de cambios adecuadores bajo la presión de la problemática social y la singularidad cultural de las regiones y luego de aparecer transitoriamente con un carácter de mito-epopeya y de mito-utopía, llega a este momento del capitalismo en el que parece que asistimos a su transformación en un nuevo mito; o bien, parece que asistimos a su disolución, al verla convertida en “el bazar de una sociedad reducida a un mercado”, donde predominan mercancías técnicas y científicas —sobre las humanísticas— y donde el estudiante “asiste sólo para llevarse lo que le sirve”, (según afirma el mismo Bonvecchio parafraseando y citando a Karl Jaspers).

De manera natural, la observación de este amplio panorama por donde transcurre la idea siempre cambiante de la universidad, nos lleva a centrar la atención en la actual reforma de nuestra Casa de estudios, y a dedicar un nuevo

interés a la peculiaridad de muchos aspectos de nuestra vida universitaria: el modo como aprendemos, como investigamos, como enseñamos, como contendemos por alcanzar el saber, el modo como hacemos uso del poder que da el saber: las condiciones —precarias o confortables— en que transcurren nuestra vida, nuestro quehacer académico —y el burocrático— dentro del marco de nuestra cultura de masas: la cultura de un pueblo que desde su guerra de independencia, sin haber logrado nunca salir de la subordinación y la sobreexplotación, ha tenido que hacer frente a las tribulaciones que acarrea el rápido crecimiento demográfico.

La lectura de esta antología conduce a la interpretación que de la institución universitaria nos procura, al principio, Bonvecchio. Por otra parte, esta misma lectura nos conduce a establecer nuestras propias asociaciones entre la problemática de las universidades europeas aludidas y la nuestra ahora, tal como la vivimos. Por ejemplo: nos viene a la mente la función de capilaridad social que en nuestra reflexión hemos atribuido a la UNAM —Universidad Autónoma de México—, cuando en la prosa vivaz, alada, de madame de Staël hallamos que en las universidades alemanas los escolares ricos y los pobres no se distinguían entre sí más que por el mérito personal, y los extranjeros que concurrían de todos los rincones del mundo se sometían con placer a esta igualdad

que sólo la superioridad natural podía alterar. Nos adherimos a la reflexión de Wilhelm von Humboldt acerca del vínculo entre la universidad y el Estado, al recordar nuestra concepción de autonomía cuando él dice que “el Estado tiene el deber de suministrar [...] las formas y los medios externos para toda actividad que de algún modo haya de ser difundida”, pero advierte a la vez respecto al peligro de que tales formas y medios provenientes del Estado traigan consigo consecuencias negativas, las que pueden llevar a aconsejar al Estado que su intervención se dé de manera muy limitada; y cuando, más adelante, discurre sobre la conveniencia o inconveniencia de asignar a la universidad la enseñanza y la divulgación de la ciencia mientras se desúnanlas academias a la investigación y llega a la conclusión de que ambas instituciones se vigorizan si enlazan en un todo ambas actividades, no podemos dejar de pensar en nuestra doble figura del docente-investigador y el investigador-docente.

Del mismo modo relacionamos nuestro temor de que la sociedad capitalista que constituye el contexto de nuestra universidad repercuta en ella pervirtiendo su naturaleza y función, cuando leemos las lucubraciones de Hegel respecto a la enseñanza de la filosofía y hacemos nuestra su “esperanza de que junto a los intereses políticos y a todos aquellos otros intereses que nos unen a la mezquina realidad, renazca también la ciencia, el mundo

racional y libre del espíritu”, ya que para nosotros los cambios que favorezcan a la especie humana deben provenir de la inteligencia que tiene su campo de acción dentro de la universidad. De manera semejante nos divertimos de muy buena gana comparando la cadena de agudas burlas de Heine, a costillas de la Universidad de Gotinga, con las que por semejanza o contraste se nos ocurren a propósito de nuestros errores y defectos.

En fin, las disquisiciones de Víctor Cousin acerca de las virtudes del trato con los clásicos y de la necesidad de establecer y mantener un orden que propicie el estudio, vienen al caso de nuestra experiencia y de la disciplina que nos imponemos para hacer rendir nuestra energía y nuestro tiempo. Hallan también un eco en nosotros las reflexiones —antihegelianas hasta el insulto— de Schopenhauer, que nos atañen cuando tocan el punto de la relación entre la universidad y el poder del Estado. Sentimos que está viva para nosotros la descripción de Nietzsche respecto a este mismo problema del vínculo entre universidad y Estado, y su preocupación por el uso único de la conferencia para enseñar a estudiantes pasivos y manejables. Los requisitos que exige Cario Cantoni para el profesorado universitario parecen referirse a nosotros. Sentimos que la relación que describe De Dominicis entre sociedad y universidad nos atañe; que la participación de todas las clases sociales en

el disfrute del bien común de la educación, a que se refiere Antonio Labriola, nos interesa; que la distorsionada adjudicación de papeles de que habla Max Adler por parte del poder burgués entre los profesionales, en atención a un mérito que no siempre se funda en su competencia, no nos es ajena; ni, por desgracia, “la paulatina proletarización del trabajo intelectual en la sociedad capitalista, y su subordinación al poder económico.” Adler pone como ejemplo las universidades alemanas donde los intelectuales universitarios se igualan a los obreros en la explotación de que son objeto, viéndose “reducidos a burócratas de Estado y a ejecutores de la voluntad de una burguesía dominante y agresiva”.

Quizá lo menos familiar para nosotros, lo más extraño y escalofriante, sea esa disciplina militar que por lo visto para algunos pensadores alemanes (Wilamowitz-Moellendorff) se funde con la cultura “en un todo indivisible” que resulta ser “el espíritu prusiano” visto como “raíz de la grandeza de Alemania”; espíritu que alardea de saber servirse del lema “quien no es reprimido, no es educado” y que exige la “absoluta obediencia”, vale decir: la renuncia al propio juicio y a escuchar el mandato de la propia conciencia; esto tiene presencia en el quehacer universitario, pues según este punto de vista “para la ciencia tiene más importancia el carácter que el talento”.

Nosotros, que tenemos una larga historia universitaria, moldeada desde el siglo XVI sobre el modelo europeo medieval y enmarcado, dentro de la cultura colonial, por otros intelectuales-maestros-investigadores-evangelizadores- historiadores, que tenemos en este siglo una universidad de masas proveniente de las transformaciones que sufrió el país al costo de tanta sangre, hemos de ver ahora en el espejo de las universidades europeas y de las estadounidenses descritas por estos pensadores, hemos de registrar los cambios que sufrimos en este momento de alianzas, no por generalizadas menos peligrosas y desiguales, que ya repercuten en el enriquecimiento de pocos y el empobrecimiento de muchos; hemos de vigilar el proceso de las reformas emanadas de nuestro Congreso universitario y defender a la universidad de los muchos enemigos que quizá ya sueñan en hacer de su espíritu objeto de comercio. Defenderla nosotros, pues ha de tener razón el mismo Adler cuando afirma que “los intelectuales, no obstante el carácter burgués de su origen y de su práctica profesional, no poseen los mismos intereses que la burguesía”.

Sin duda este es un libro iluminador en más de un aspecto, el discurso de todos los autores antologados alude en algún momento a un rasgo que nos caracteriza, a un problema que nos preocupa, a un vicio del que quisiéramos libramos, a una utopía que hemos hecho nuestra. Es por todo esto por lo que al

cerrar el libro, una vez leído, pensamos agradecidos en el beneficio que debemos a su agudo ensayista y compilador, Claudio Bonvecchio, y a su esmerada y sensible traductora, María

Esther Aguirre Lora.

HELENA BERISTAIN
Profesora Universidad Autónoma de
México